

considerando las fases de discovery, onboarding, scaffolding y endgame, y cuáles son los mejores drivers de motivación en cada momento. Además, la segmentación de los drivers en tipos y su doble clasificación entre «white hat»/«black hat» y «left brain»/«right brain» permiten afinar con mucha más precisión la elección de las distintas acciones motivacionales adaptadas a cada demanda.

FERRAN TEIXES ARGILÉS  
fteixes@uoc.edu

***El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia***

**Santiago Alba Rico et alii  
2017. Seix Barral: Barcelona.**

El capitalismo en cuyo centro se incluye una nueva infraestructura global y reticular de información, tiene una renovada y cada vez más desmesurada dimensión monetaria-financiera. Dimensión que se ha ido acentuando progresivamente desde los años ochenta del pasado siglo hasta la llegada de la crisis global de 2008. Un tipo de capitalismo que ha sido capaz de romper el delicado nexo entre la productividad y las ganancias reales a nivel nacional, construido por el Keynesianismo social tras la finalización de la II GM. Divorcio que ha dado lugar a una nueva interdependencia económica, lo que ha acentuado la tendencia inherente del capital a conquistar y transformar en mercado el planeta. Esta tendencia ha sido capaz de organizar la nueva fase del capitalismo en cuya base «se sitúa, señala Napoleoni (2008: 253), la creencia en el Estado natural, sinónimo de caos y anarquía. En ese Estado, la acción de un individuo sólo está sometida a su conciencia, pues la vida transcurre al margen de la ley positiva». Esta creencia organiza la economía que Napoleoni denomina canalla y que se parece «a ese Estado natural —caótico, anárquico y sin ley. En su

interior, los bandidos de la globalización actúan para su exclusivo beneficio personal».

Economía que posee una escala global, y que tiene su actual expresión en los Estados neoliberales, postliberales o iliberales. En estos Estados, se reproducen similares procesos de la revolución industrial, que presencié un masivo crecimiento económico «guiado por una avaricia incontrolable y una explotación desenfrenada. Incluía muchos de los rasgos tiránicos del presente desorden económico: la esclavitud, la desigualdad de ingresos, la piratería, la prostitución, la corrupción, la criminalidad y el fraude. También compartía muchos resultados positivos con la actual situación: un rápido crecimiento económico y una serie de avances tecnológicos. Cuando al fin las aguas amainaron, el mundo se vio a sí mismo rediseñado por la invisible y despiadada mano del capitalismo». En el presente capitalismo, atrapados los consumidores en una red de fantasías e ilusiones comerciales, no perciben la envergadura de la economía canalla en la periferia de su mundo. Sin embargo, «día a día, su fuerza corrosiva penetra más y más en nuestro mundo fantástico y protegido. La presión de los bandidos, la generalización de la corrupción y la avaricia se han hecho evidentes en las sociedades occidentales y están erosionando los mismos cimientos del Estado-nación, que se torna cada vez más débil. A medida

que avance la transición del Estado-mercado, el Estado corre el riesgo de convertirse progresivamente en un poderoso instrumento controlado por los bandidos de la globalización» (Napoleoni, 2008: 254).

A mediados del siglo XIX, Marx (1976:32) en *Los Grundrisse* realizó una descripción de la globalización de su tiempo, afirmando que «el capital debe tender a derribar toda barrera local al tráfico, es decir, al intercambio, para conquistar el mundo entero y convertirlo en un mercado; por otra parte, debe tender a destruir el espacio gracias al tiempo, es decir, reducir al mínimo el tiempo que cuesta el movimiento de un lugar a otro. Cuanto más desarrollado está el capital, tanto más vasto es pues el mercado en el que circula; ahora bien, cuanto más grande sea la trayectoria espacial de su circulación, tanto más tenderá el capital a extender espacialmente el mercado y, por lo tanto, a destruir el espacio gracias al tiempo». En este pasaje, Marx nos advierte que el capitalismo es, de entrada, mundial, global. Como podemos interpretar, la tendencia a incentivar la competencia, a conquistar y transformar en mercado el planeta en su totalidad, le es inherente, no es contingente ni reciente, contrariamente a lo que dan a entender los discursos sobre el presente universalismo del capital global.

Goldin y Reinert (2007:32-33) ubican, juntamente a otros historiadores económicos, la era moderna de

la globalización hacia finales del siglo XIX, y señalan que «el periodo de 1870 a 1940 es a menudo considerado como el nacimiento de la economía mundial moderna, la cual, en cierta medida, estaba tan integrada como lo está hoy en día», cuyos orígenes hay que buscarlos en el fenómeno de la industrialización «de manera particular en el Reino Unido, así como con la consiguiente difusión global del modelo económico británico a través de la colonización y la esclavitud» (Ramosé, 2014:153). Por tanto, junto al acceso a la colonización occidental, también lo haría la esclavitud, la cual continúa a finales del siglo XX, sin que haya podido liberarse de sus prácticas más restrictivas en cuanto a libertades individuales y colectivas. De hecho, a la finalización de la década de 1990, «unos veintisiete millones de personas habían sido esclavizadas en varios países, incluidos algunos de Europa occidental. Ya en 1990, las esclavas sexuales del antiguo bloque soviético empezaron a desbordar los mercados occidentales»; esta vez la carencia de libertad vino acompañada de la democratización de los antiguos países comunistas. Desde el punto de vista exclusivo de sus evidentes carencias, la globalización «ha permitido la explotación de mano de obra esclava a nivel industrial, alcanzando una intensidad nunca vista antes, ni tan sólo durante la trata de esclavos transatlántica. Desde las plantaciones de cacao de África occidental hasta las huertas de

California, desde el auge de la industria pesquera ilegal hasta las fábricas de producción de falsificaciones [...], los esclavos se han convertido en parte integrante del capitalismo global» (Napoleoni, 2008: 15).

La correlación entre democracia y esclavitud se inscribe en las lógicas del «marco de producción de subjetividad capitalística, dado que este sistema de producción preforma (y es) la subjetividad contemporánea» (Valencia, 2010:70). Como apuntan Guattari y Rolnik (2006:47), «la subjetividad no se sitúa en el campo individual, su campo es el de todos los procesos de producción social y material». Es importante evidenciar este hecho, ya que «el capitalismo, además de ser un sistema de producción, ha devenido una construcción cultural» (Valencia, 2010:50). Una construcción en la que todo «progreso aparente tiene su contrapartida de regresión y de destrucción» (Bensaïd, 2013:131). De esta construcción surge un hecho evidente, aunque se pueda pensar contradictorio, la democracia y la esclavitud coexisten, al ser consecuencia directa «de la economía canalla, un fenómeno recurrente en la historia, a menudo ligado a las transformaciones rápidas e imprevistas» (Napoleoni, 2008:16); novedosa forma de referirnos a las consecuencias negativas de la anomia de Durkheim (1976).

Para Napoleoni (2008:19), la economía canalla, no es excepcional sino

endémica, y se multiplica a escala global al ser una fuerza oscura «encriptada en nuestro ADN social que está constantemente al acecho en las sociedades en las que vivimos». Una economía en la que colonización y esclavitud, juegan un papel decisivo en la acumulación primitiva el capital, al representar «el lugar en el que la soberanía consiste fundamentalmente en el ejercicio de un poder al margen de la ley (*ab legibus solutus*) y donde ‘la paz’ suele tener el rostro de una ‘guerra sin fin’». Concretamente, las colonias son «el lugar por excelencia en el que los controles y las garantías del orden judicial pueden ser suspendidos, donde la violencia del Estado de Excepción supuestamente opera al servicio de la ‘civilización’» (Mbembe, 2011: 37-39), y como una tecnología de control, vigilancia y separación foucaultiano.

Situación de excepcionalidad empleada en supuestas épocas de crisis, y que pueden convertirse en una situación prolongada; en una extensión del poder ejercido por un gobierno, en la que las cuestiones de la ciudadanía y de los derechos individuales se pueden disminuir, reemplazar y rechazar, como señala Agamben (2003). En este contexto, el ciudadano «es redefinido como sujeto y como beneficiario de la vigilancia. Ésta se ejerce de manera privilegiada a través de la transcripción en huellas digitales de características biológicas, genéticas y comportamentales» (Mbembe, 2016:61). Similar caracte-

rización es la realizada desde una de las tres dimensiones de la globalización, en concreto la de la «comunidad global de violencia», la cual corresponde al capitalismo gore de Valencia (2012: 16 y 21), tipología en la que la economía y la violencia forman parte de una misma trama de poder. En esta trama, se subvierten los procesos de acumulación de mercancías y de destrucción del cuerpo, quien «se convierte en sí mismo en el producto, en la mercancía, y la acumulación, ahora es sólo posible a través de contabilizar el número de muertos, ya que la muerte se ha convertido en el negocio más rentable». En este sentido, este capitalismo es inversión de términos «donde la vida ya no es importante en sí misma sino por su valor en el mercado como objeto de intercambio monetario. Transvalorización que lleva a que lo valioso sea el poder de hacerse con la decisión de otorgar la muerte a los otros. El necropoder aplicado desde esferas inesperadas para los mismos detentadores oficiales del poder».

El sistema económico gore organiza sus formas de acumulación de capital «como un fin absoluto que prevalece por encima de cualquier otra lógica o metanarrativa» (Falomir, 2012:15). Un capitalismo que, según Mbembe (2011, 2016), se rige por la necropolítica («política de la muerte y de poder de la muerte») y el gobierno privado indirecto. Mediante estos mecanismos, el capitalismo ha transformado a los seres humanos en una mercan-

cía intercambiable o desechable según dicten los mercados, a la vez que los ha convertido en dependientes por la creación de deudas. Por ello, Valencia (2010:19) entiende el capitalismo *gore* como la «dimensión sistemáticamente descontrolada y contradictoria del proyecto neoliberal. Producto de las polarizaciones económicas, el bombardeo informativo/publicitario que crea y afianza la identidad hiperconsumista y su contraparte: la cada vez más escasa población con poder adquisitivo que satisfaga el deseo de consumo».

Se crea de esta manera subjetividades capitalistas radicales que, Valencia (2010:93) denomina *sujetos endriagos*, «que surgen en el contexto específico del postfordismo, y que hacen uso de la violencia como herramienta de empoderamiento y de adquisición de capital». Individuos que constituyen un colectivo circunscrito a una subjetividad capitalística, pasada por el filtro de las condiciones económicas globalmente precarizadas, junto a un agenciamiento subjetivo desde prácticas ultraviolentas que incorporan de forma limítrofe y autorreferencial los sistemas de conexión directa entre las grandes máquinas productivas, las grandes máquinas de control social y las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo». Por tanto, estos endriagos, generados por la «economía canalla» (Napoleoni, 2008), constituyen las nuevas figuras discursivas que conforman «una

*episteme de la violencia* y reconfiguran el concepto de trabajo a través de una agenciamiento perverso, que se afianza ahora en la comercialización necropolítica del asesinato, evidenciando las distopías que traen consigo el cumplimiento *avant la lettre* de los pactos con el neoliberalismo (masculinista) y sus objetivos» (Valencia, 2010:94). En esta era del capitalismo *gore* «el valor de las cosas supera por lo general al de las personas» (Mbembe, 2011:69).

En este marco hay que situar el presente libro que tiene por título *El gran retroceso*, y que es el resultado de la acción combinada de los riesgos de la globalización, del neoliberalismo y del postliberalismo, y que llevan al advenimiento de un capitalismo autoritario, canalla, *gore*, en el que «la lógica de un choque de civilizaciones ha reemplazado a una velocidad vertiginosa los esquemas amigo/enemigo de la guerra fría tras el supuesto *El fin de la historia*». Concretamente, los artículos que reúne el libro hacen referencia a los riesgos asociados al actual capitalismo, y que retoma y continua el debate sobre la globalización surgido en la década de 1990: «En él, científicos e intelectuales públicos expresan su opinión con respecto a preguntas acuciantes: ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿En qué punto nos encontraremos dentro de cinco, diez o veinte años? ¿Cómo se puede detener la regresión global y revertirla? Se trata de una tentativa de forjar algo parecido a una opi-

nión pública transnacional en vista de una Internacional de los nacionalistas en tres planos distintos: el de los colaboradores, el de los fenómenos que se analizan y el de la distribución, pues el libro se publicará simultáneamente en varios países».

El capítulo de Santiago Alba «Retrosos, repeticiones, restas», se argumenta, en referencia a los fundamentalismos, que aunque no se puede regresar «a un mismo bien —la felicidad evangélica o los primeros califas musulmanes— jamás se vuelve tampoco al mismo mal. Si es cierto que han desaparecido los dos pivotes sobre los que se había levantado el orden posterior a la Segunda Guerra Mundial y, por eso mismo, se ha vuelto de algún modo a la Primera, el siglo xx no ha discurrido en vano. La segunda mitad del siglo xx, en efecto, le ha quitado algunas cosas, y le ha sumado otras, a este retorno esperpéntico a 1914 y 1930, con sus litigios interimperialistas, su Weimar global y su economía de desechos» (Alba, 2017: 24). Según Alba, la segunda mitad del siglo xx ha añadido los cuatro siguientes elementos: 1) una globalización más decisiva y novedosa que la económica, cuya primera marea se remonta a 1870; 2) un imaginario consumista consagrado a partir de 1950 en Estados Unidos e irradiado al resto del mundo en deconstrucciones sucesivas; 3) las nuevas tecnologías, y la proliferación del terrorismo, «concebido como una radicali-

zación homeopática y descentralizada de la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte de cuyas víctimas fueron civiles. No es que no hubiera terrorismo a finales del siglo xix y principios del xx, pero el terrorismo hoy constituye íntimamente —por así decirlo— el orden social; es, si se quiere, uno de sus mimbres, incrustado en el corazón de nuestros códigos penales y etológicos como una función de reproducción económica y moral» (Alba, 2017: 27).

El capítulo de Arjun Appadurai «Fatiga democrática», se plantea si la pregunta central de nuestro tiempo es: ¿estamos ante un rechazo mundial de la democracia liberal y su sustitución por algún tipo de autoritarismo populista? La respuesta es que lo que tienen en común los líderes de los nuevos populismos autoritarios es «el reconocimiento de que ninguno de ellos realmente puede controlar su economía nacional, rehén de los inversores extranjeros, los acuerdos mundiales, las finanzas transnacionales, la movilidad de la mano de obra y el capital en general. Todos prometen la purificación de la cultura nacional como camino hacia el poder político mundial. Todos son favorables al capitalismo neoliberal, con su versión propia de cómo lograr que funcione la India, Turquía, Estados Unidos o Rusia. Todos intentan transformar el poder blando en poder duro. Y ninguno tiene la menor reserva cuando se trata de reprimir a minorías y disidentes, sofocar la libertad de ex-

presión o utilizar la ley para doblegar a sus adversarios» (Appadurai, 2017: 41).

Zygmunt Bauman en «Síntomas en busca de objeto y nombre», plantea que actualmente vemos el «progreso» como una «mezcla de bendiciones y maldiciones, en la que el volumen de las maldiciones no deja de crecer mientras que las bendiciones se van volviendo cada vez más escasas y dispersas. A diferencia de nuestros antepasados recientes, que todavía consideraban el futuro el lugar más seguro y prometededor en el que podían invertir sus esperanzas, nosotros solemos proyectar en él principalmente nuestros múltiples miedos, ansiedades y aprensiones» (Bauman, 2017: 55). En este marco, el autor señala que uno de los problemas que más nos afecta es la «contradicción flagrante entre nuestra *situación* ya cercana al cosmopolitismo y la ausencia virtual de una *conciencia*, una mentalidad o una actitud cosmopolita. Este problema está en la base de nuestros dilemas actuales más persistentes y de nuestras preocupaciones más inquietantes» (Bauman, 2017: 61).

Donatella della Porta en «Políticas progresistas y regresivas en el neoliberalismo tardío» se pregunta cómo pueden surgir movimientos reaccionarios contra el neoliberalismo, y que han adoptado diferentes formas políticas, tanto de izquierda como de derecha: «En la izquierda, las protestas tomaron a menudo la forma organizativa de

movimientos sociales en red, mientras que en la derecha emergieron nuevos partidos y otros se transformaron mediante el desarrollo de un vínculo plebiscitario entre los líderes y sus seguidores. Como ya había sucedido históricamente en numerosas ocasiones, en la izquierda, las fuentes del descontento se enmarcaron dentro de un discurso de cosmopolitismo y de clase. En la derecha, sin embargo, el mismo descontento quedó encuadrado sobre todo dentro de discursos excluyentes y xenófobos. Esto no significa que los movimientos regresivos tengan necesariamente más éxito, sino más bien que —como ha ocurrido en el pasado, sobre todo en épocas de crisis económica— los avances de la izquierda chocan con la resistencia de poderosos actores (como cuando a las victorias del movimiento obrero les sigue un retroceso reaccionario) (della Porta, 2017: 91)».

El capítulo de Nancy Fraser «Saltar de la sartén para caer en las brasas. Neoliberalismo progresista frente a populismo reaccionario» se refiere a la victoria de Trump, e indica que no es únicamente una rebelión «contra el sistema financiero mundial. Lo que sus votantes rechazaron no fue el neoliberalismo y nada más, sino el neoliberalismo *progresista*. Puede que esto parezca un oxímoron, pero se trata de un posicionamiento político real, aunque perverso, que encierra la clave para comprender los resultados electorales en Estados Unidos y quizá

también otros sucesos en otras partes del mundo. En su versión estadounidense, el neoliberalismo progresista es una alianza entre las corrientes mayoritarias de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo y derechos LGBT), por un lado, y los sectores 'simbólicos', de lujo y orientados a los servicios del mundo de los negocios (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood), por otro. En esta alianza, las fuerzas progresistas se unen efectivamente a las fuerzas del capitalismo cognitivo, en particular a la financiarización, y les aportan su carisma, aunque sin proponérselo. Ideales como la diversidad o el empoderamiento, que en principio sirven a otros fines, acaban dando lustre a unas políticas que han devastado la industria manufacturera y han arrebatado a las clases medias sus antiguos medios de subsistencia» (Fraser, 2017: 96-97).

Marina Garcés en «Condición póstuma» se pregunta que después de la modernidad al después del después de la modernidad, ¿qué ha pasado? Su respuesta es el tránsito a la condición póstuma, y que es el después «de una muerte que no es nuestra muerte real, sino la que ha convertido en histórica el relato dominante de nuestro tiempo y que por ello se nos presenta como una muerte socialmente producida y culturalmente aceptada. ¿Por qué ha triunfado tan fácilmente este relato?» Quizá, para responder a esta pregunta, es necesario «dar un paso atrás en

el tiempo histórico para encontrar lo que podríamos denominar el 'tiempo de nuestra muerte'. El siglo xx es el siglo de nuestra muerte, de este después que hemos dejado atrás pero del que no hemos salido más que bajo la forma de una prórroga. El sentido de nuestra condición póstuma no está sólo en el futuro, en la posibilidad real del cataclismo o del naufragio antropológico. Si así fuera, no hablaríamos de lo póstumo sino de la inminencia de una amenaza. Está en un pasado que aún da sentido a nuestro presente y lo captura» (Garcés, 2017: 116-117).

Eva Illouz en «De la paradoja de la liberación a la extinción de la ética liberal» argumenta que el populismo de derecha avanza «porque el mundo de las clases trabajadoras ha sido destruido por el capitalismo corporativo y devaluado por las élites culturales progresistas, que desde la década de 1980 han concentrado su energía intelectual y política en las minorías sexuales y étnicas generando unas violentas guerras culturales. Una vez que el mundo de las clases trabajadoras ha sido destruido y rechazado, es posible recuperarlo mediante la promesa de restitución de viejos privilegios raciales, religiosos y étnicos. La victoria de Trump es un toque de atención para la izquierda de todo el planeta. Por mucho que se hayan polarizado los dos mundos de las élites culturales y las clases trabajadoras conservadores, la izquierda no tiene más opción que volver a interesarse

enérgicamente en el mundo moral de las vidas destrozadas por los efectos expansivos del colonialismo y el capitalismo. De lo contrario, a largo plazo el liberalismo podría estar condenado a la extinción» (Illouz, 2017: 149).

Ivan Krastev en «Un futuro para las mayorías» se refiere al período postcomunista de las antiguas repúblicas exsoviéticas como una «época de ajustes desprovista de situaciones dramáticas, sino más bien como una etapa compleja y peligrosa habitada por una serie de regímenes que sólo podían ser adecuadamente descritos como mutantes políticos» (Krastev, 2017: 157). En esta etapa estamos pasando de la democracia «entendida como un sistema que promueve la emancipación de las minorías a la democracia entendida como un sistema político que garantiza el poder de las mayorías» (Krastev, 2017: 159). El ascenso de este poder es el regreso «a un tipo de política más personalista en la que los líderes desempeñan un papel fundamental y las instituciones son casi siempre vistas con suspicacia. La oposición derecha/izquierda queda sustituida por un conflicto entre internacionalistas y nacionalistas. La irrupción del miedo marca también la disolución de ese vínculo entre democracia y sistema de libertades que constituía el rasgo distintivo del mundo surgido después de 1989» (Krastev, 2017: 168).

Bruno Latour en «La Europa del refugio» se plantea que las migraciones

y el nuevo régimen climático constituyen la misma amenaza, ya que si «queremos defender nuestras identidades, tendremos que dar identidad también a esos otros migrantes sin forma ni nación a los que llamamos clima, erosión, polución, agotamiento de recursos, destrucción de hábitats. Por mucho que cerremos las fronteras a los refugiados bípedos, jamás impediremos que esos otros pasen» (Latour, 2017: 175). Paul Mason en «Superar el miedo a la libertad» evalúa los cambios estructurales que el neoliberalismo ha desencadenado, e indica que el «proletariado industrial no sólo fracasó en su resistencia al neoliberalismo durante los años ochenta, sino que, como consecuencia de la revolución tecnológica, ha sido también sustituido como agente del cambio social por un grupo más heterogéneo al que algunos sociólogos como Manuel Castells han denominado 'el individuo en red'» (Mason, 2017: 201). Pankaj Mishra en «La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración» afirma que actualmente somos «testigos de un furor universal de miedo y odio, porque la revolución democrática presenciada por Tocqueville se ha extendido a los rincones más remotos del planeta. La furia de la igualdad se une a la búsqueda de la prosperidad dictada por la economía global de consumo, y se combina con tensiones agravantes y contradicciones internas que después se expresan en la esfera pública. 'Para vivir

en libertad —advirtió Tocqueville—, hay que habituarse a una vida llena de agitación, cambios y peligros. Este tipo de vida está desoladoramente desprovisto de estabilidad, seguridad, identidad y honor, aunque rebose de bienes materiales. Aun así, hoy es moneda corriente entre todas esas personas del mundo a quienes las consideraciones racionales de utilidad y rentabilidad desarraigan, humillan y vuelven obsoletas» (Mishra, 2017: 221).

Robert Misik en «El valor de la audacia» analiza los cambios mundiales que asociamos al año 1989, y que dieron comienzo a una nueva era en la que la izquierda debe hacer frente, asumiendo que la izquierda «no se constituyó para que tuviera las cosas fáciles, sino para lograr lo imposible; esto es, mejorar el mundo y la vida de las personas a pesar de todas las adversidades y la aparente falta de perspectivas, luchar por los derechos humanos y la libertad y garantizarlos y llevar la luz de la democracia a las sociedades» (Misik, 2017: 247-248). Oliver Nachtwey en «Descivilización. Tendencias regresivas en las sociedades Occidentales» analiza el actual malestar en Occidente, un período de regresión social, y que ha pasado a ser la seña del capitalismo occidental. Un capitalismo en el que el neoliberalismo se ha afianzado en todos los ámbitos de la vida: «En el neoliberalismo, el peso de la autocoacción, de la sublimación permanente es elevado: hay que ser siempre

competitivo, compararse, medirse y optimizarse. La culpa de desconsideraciones, degradaciones, humillaciones y fracasos hay que echársela a uno mismo, y después uno ha de esperar de buena gana hasta que se presente una nueva oportunidad. Por lo general, en vista de los correspondientes cambios culturales, precisamente los individuos tradicionalistas se sienten inseguros en lo tocante a las normas de conducta imperantes. Y quien desea oponerse al neoliberalismo es castigado por el mercado y el Estado en armoniosa alianza. Los griegos lo saben de sobra» (Nachtwey, 2017: 256-257).

César Rendueles en «De la regresión global a los contramovimientos postcapitalistas» señala que el gran retroceso contemporáneo “no es tanto el inicio de una nueva era económica como la conclusión de la estrategia que escogieron las élites occidentales para superar la crisis de acumulación de capital de los años setenta: un retorno al capitalismo manchesteriano globalizado que concluyó con una aplastante victoria de las clases dominantes. Y en un sistema social como el capitalismo —autoexpansivo y esencialmente incompatible con cualquier tipo de limitación—, una victoria aplastante siempre es la antesala misma de la catástrofe» (Rendueles, 2017: 269-270).

Wolfgang Streeck en «El regreso de los reprimidos como principio del fin del capitalismo neoliberal» argumenta que el neoliberalismo llegó con la

globalización, o la globalización con el neoliberalismo. Pues bien, así fue como empezó el gran retroceso. De hecho, la revolución neoliberal «como proceso de regresión institucional y política inauguró una nueva era de política post-fáctica. Esto acabó siendo necesario porque la globalización neoliberal estaba muy lejos de proporcionar a todo el mundo el bienestar prometido. A la inflación de los años setenta y el paro resultante a su duro término siguieron el endeudamiento público de los ochenta y el saneamiento de las arcas del Estado mediante reformas socio-políticas en los noventa. A modo de compensación, después se ofrecieron generosas posibilidades para que los hogares tuvieran acceso a los créditos y se endeudaran. Al mismo tiempo, el crecimiento disminuyó, aunque, o porque, la desigualdad y el endeudamiento no paraban de aumentar: nada de *trickle-down*, sino el más vulgar *trickle-up*: la creciente desigualdad de los ingresos entre individuos, familias, regiones y, en la Unión Económica y Monetaria Europea, naciones» (Streeck, 2017: 289-290).

David Van Reybrouck en «Estimado Presidente Junker» argumenta que tanto el Brexit como Trump «ilustran dolorosamente el peligroso camino que han tomado todas las democracias occidentales: reducir la democracia al ejercicio del voto. Si rehusamos actualizar nuestra tecnología democrática, es posible que descubramos que el sis-

tema es irreparable; 2016 es ya el peor año para la democracia desde 1933. Donald Trump no es una rareza, sino el resultado perfectamente lógico de un sistema democrático que combina el procedimiento de votación del siglo XVIII con la idea del sufragio universal del siglo XIX, la invención de los medios de comunicación de masas del XX y la cultura de los medios sociales del XXI» (Van Reybrouck, 2017: 314-315).

Slavoj Žižek en «La tentación populista» concluye que «desde Grecia hasta Francia, está surgiendo una nueva tendencia en el seno de lo que queda de la izquierda radical: el redescubrimiento del nacionalismo. La idea es que, con esa indignación popular que abunda a nuestro alrededor, el pueblo se ha despertado y ha dejado claro su descontento, y que lo que los grandes medios de comunicación dominantes denuncian como un giro peligroso es en realidad un enérgico regreso a escena de la lucha de clases. La tarea de la izquierda sería por tanto superar los miedos progresistas, asumir esa indignación y redirigirla desde el racismo de derechas hasta la lucha socioeconómica directa: el enemigo ya no es el extranjero sino la clase gobernante, la oligarquía financiera, etcétera. Desde este punto de vista, los movimientos identificados con los nombres Trump y Sanders son dos simples formas de populismo, de una pasión antagónica y antisistema que regresa a la política.

(Por supuesto, resulta absurdo considerar antisistema en ningún sentido relevante a Trump, un multimillonario que explota todos los vacíos legales, pero esa es la paradoja del populismo desde el principio mismo)» (Žižek, 2017: 335-336).

### Referencias

- AGAMBEN, Giorgio (2003), *Estado de excepción. Homo Sacer II*, Valencia: Pretextos
- BENSAÏD, Daniel (2013), *La política como arte estratégico*. Madrid: La oveja roja
- DURKHEIM, Émile (1976), *El suicidio*. Madrid: Akal
- GOLDIN, Ian y REINERT, Kenneth (2007) *Globalización para el desarrollo. Comercio, financiación ayuda, migración y políticas*. Colombia: Planeta.
- GUATTARI, Félix y ROLNIK, Suely (2006), *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños
- MARX, Karl (1976), *Grundrisse: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, 1857-1858*. Madrid: Edición S. XXI.
- MBEMBE, Achille (2011), *Necropolítica*. España: Melusina.
- MBEMBE, Achille (2016), *Crítica de la razón negra*. Barcelona: NED ediciones
- NAPOLEONI, Loretta (2008), *Economía canalla. La nueva realidad del capitalismo*. Barcelona: Paidós.
- RAMOSE, Mogobe (2014), «Globalización y ubuntu» en DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2014), *Epistemologías del Sur* (Perspectivas). Madrid: Akal, 147-184.
- VALENCIA, Sayak (2010), *Capitalismo gore*. Barcelona: Ediciones Melusina.

IGNASI BRUNET